

ABC.es 15 mayo 2007

Puerta Grande por derecho para Pepe Moral, un novillero que sabe torear

ZABALA DE LA SERNA. MADRID.

Fue derecho a por la Puerta Grande y salió por derecho por ella. Pepe Moral, un novillero de Sevilla con cara y cuerpo de superhéroe americano, mentón cuadrado, pelo rizado castaño, fuerte complexión, demostró, de buenas a primeras, que sabe torear. Tan es así que nada más tirar una larga cambiada a portagayola se lío en un maravilloso ocho en los medios de verónicas hilvanadas, diría que ligadas. Las manos por abajo, la de la bragueta y la de salida, hundiéndose con el novillo por uno y otro pitón con la embestida embarcada por delante. De seis verónicas y una solemne media se han inspirado crónicas



enteras. Si no hubiese pasado nada más, le habría dedicado todas las líneas del mundo al maravilloso ovillo de lances cosidos de Moral. Pero es que sucedió que el utrero de Guadaira embistió superior por el pitón derecho y Pepe Moral supo explotar su condición. También ahora con la muleta jugó los vuelos, se los echa muy bien. Arrancó con las revoluciones del motor al máximo con dos muletaos cambiados por la espalda, que para un amante de lo clásico tuvieron lo mejor en un monumental pase de pecho y en una trincherrilla de trazo profundo. La mano derecha barrió la arena entonces. Enganchó los viajes desde allá y los sometió hasta allí. Cuajó dos tandas extraordinarias, en el sitio en el que sólo se giran las piernas como si fuera un compás. Al natural el novillo no fue, se lo pensó y cuando se decidió lo hizo de mala gana y de atragantón. Vuelta al pitón de cortijo y mercedes, le enjaretó cinco o seis redondos sin respiro, no una tanda de tres y el de pecho, de cinco o seis derechazos, insisto. Quiso intentarlo de nuevo con la zurda, sin fruto, y ya con la espada en la mano insistió con la diestra, cuando procedía más un cierre de adornos, ayudados por alto, por bajo, o manolas o bernadinas, que son la pieza que más repiten los toreros como broche. Mató de una estocada que necesitó el refrendo del verduguillo. Cayó la oreja con fuerza.

Otra vez acudió a la puerta de toriles con el sexto, que no le arrancó la cabeza de milagro. Sinceramente yo no daba un euro por el torete, que renunció en el caballo, se dio un duro volatín y se dolió en banderillas. Pepe Moral se dobló con él con mucho temple, y en principio le obligó demasiado sobre la derecha, o no con la misma templanza, y le provocó un par de claudicaciones. Pero fue la izquierda en esta ocasión la que encontró el punto del pitón del mismo lado. Ganó siempre un paso y lo amoldó a su muleta. Como no se habían visto las posibilidades del utrero -al menos yo no lo había hecho-, la sorpresa se tradujo por un «lo ha metido en el canasto». Por temple y por el continuo afán de ganarle la acción. Incluso en una tanda se amontonó y se comió el espacio. Otra vez le faltó un desenlace a la faena. Los nervios de tener la gloria al alcance de los dedos le empujaron en un pinchazo precipitado y trasero. No importó ante tanta disposición. Tras la estocada, la llave de la Puerta Grande se le entregó.

Pérez Mota se quedó con el sabor de la miel en los labios. Pudo cortar una oreja del buen segundo, que punteaba el engaño. No le llevaré la contraria al maestro Ortega Cano que dice en su artículo que mereció el trofeo. Pero lo cierto es que sólo de mitad de faena en adelante, cuando le sacó la muleta por abajo, le salieron las cosas limpias. La vuelta al ruedo tuvo peso. Un quinto más cuajado completó, por el pitón derecho, la buena novillada de Guadaira. Mota, a un tris del doctorado, un poco desinflado, como su oponente poco a poco.

Emilio de Justo también se encuentra a las puertas de la alternativa. Pero se estrelló con el peor lote. Uno se paró pronto y otro tuvo guasa violenta y cada vez con mayor sentido.